

RELATO CORTO

TÍTULO:

MÁS ALLÁ DEL ESTOMA: UNA FORMA DE LIDERAR EL CUIDADO.

TEXTO RELATO

El teléfono vibró sobre la mesa de la cocina con uno de esos números largos que tanto asustan a los enfermeros. Una sucesión de cifras que no llaman por error y que asignan destinos.

Lo dejé sonar unos segundos, observándolo desde la distancia, como si así pudiera aplazar lo inevitable. La luz de la mañana entraba despacio por la ventana, dibujando sombras tranquilas que contrastaban con la inquietud que empezaba a crecerme por dentro. Pensé, como siempre, en turnos que cambian sin previo aviso, en horarios que obligan a rehacer rutinas, en kilómetros que se suman al cansancio. Pensé en cómo, una vez más, mi vida iba a adaptarse a la forma caprichosa de un contrato.

Cuando atendí la llamada, la información llegó directa, sin rodeos. Al día siguiente empezaría en una consulta de estomas. La palabra “estoma” se quedó suspendida en mi cabeza, ajena, difícil de encajar en mi experiencia previa. Había pasado por unidades como la UCI, donde la urgencia marcaba el ritmo y el ruido formaba parte del paisaje, pero aquello sonaba distinto. Demasiado específico. Demasiado desconocido.

No hubo explicaciones ni contexto, solo una hora concreta y una indicación mínima para orientarme al llegar. La llamada terminó con la misma frialdad con la que había empezado, dejándome solo con una certeza: al día siguiente estaría en un lugar del que no sabía absolutamente nada.

Aquella noche dormí mal. No por miedo, sino por desconocimiento. Hay destinos que no aparecen en ningún plan, ni profesional ni vital. Lugares a los que uno llega sin haberlos buscado y que, sin saberlo aún, están a punto de cambiar la manera de mirar su profesión.

A la mañana siguiente, el hospital me recibió con su olor habitual a desinfectante y rutina. Pasillos largos, luces blancas, pasos apresurados. La consulta estaba al fondo, casi escondida, como si no quisiera llamar la atención. Antes de entrar, la puerta ya hablaba. Carteles de colores prometían normalidad: viajar, hacer

deporte, vivir con una ostomía. Mensajes optimistas en un lugar donde casi todo gira alrededor de la enfermedad.

Junto a la puerta había un carro de curas lleno de materiales que no sabía nombrar. Bolsas de distintos tamaños, discos, anillos moldeables, adhesivos, cremas. Todo estaba ordenado con una lógica que todavía no entendía. Me sentí principiante otra vez, algo que en enfermería nunca desaparece del todo, pero que siempre incomoda.

La consulta era pequeña, pero distinta. No tenía el aspecto frío de otros espacios clínicos. Había dibujos pegados con celo, notas escritas a mano, fotografías descoloridas. Era un lugar vivido, construido con tiempo y con cuidado.

Fue allí donde conocí a Elena. Su presencia se imponía sin rigidez. Tenía una manera tranquila de estar, una seguridad que no necesitaba ocupar demasiado espacio. Desde el primer momento transmitía cercanía, una mezcla de profesionalidad sólida y humor discreto que aligeraba el ambiente sin restarle seriedad. Explicó que estaría conmigo unas semanas, que después se marcharía a otro hospital. Lo dijo con naturalidad, como quien ha aprendido a no aferrarse demasiado a los lugares.

Empezamos a trabajar casi de inmediato. El primer paciente entró con la familiaridad de quien conoce bien aquel espacio. Yo, en cambio, me movía con cautela, consciente de mi desconocimiento. Al enfrentarme por primera vez a un estoma, sentí cómo mi gesto me traicionaba. No era rechazo, sino sorpresa. La presencia viva y expuesta de aquel cuerpo me obligó a detenerme y mirar de otra manera, aún recuerdo a aquel paciente verbalizar entre risas” como se nota que es tu primer día, que cara de susto, me recuerdas a mí el primer día que me vi este nuevo culo en mi barriga”.

Elena observaba sin invadir. Me dejaba hacer, equivocarme despacio, corregir sin prisa. Su forma de enseñar no consistía en dar instrucciones constantes, sino en generar confianza. A veces bastaba una mirada cómplice o un comentario ligero para rebajar la tensión y recordarme que el aprendizaje también pasa por permitirse no saber.

Poco a poco fui encontrando el ritmo. Entendí que aquel trabajo no iba de rapidez ni de destreza inmediata, sino de respeto. De estar presente. Cuando el paciente se marcha agradecido, comprendí que algo había empezado a cambiar, aunque aún no sabía exactamente qué.

Los días se fueron llenando de nombres, de historias, de silencios compartidos. Observé cómo Elena transformaba el lenguaje técnico en palabras sencillas, cómo traducía el miedo en gestos cotidianos, cómo acompañaba sin infantilizar. Usaba el humor con inteligencia, nunca para minimizar el sufrimiento, sino para hacerlo más llevadero. Era un humor fino, familiar, profundamente humano.

Una mañana llegó una mujer mayor, impecablemente arreglada, con el bolso bien sujeto entre las manos. Se sentó rígida, evitando mirarse. Su malestar no estaba solo en el cuerpo, sino en la imagen que tenía de sí misma. Elena no forzó nada. No impuso tiempos ni miradas. Le enseñó a cuidarse con respeto, a recuperar el control poco a poco. Le habló de volver a vestirse, de salir a la calle, de reconocerse de nuevo.

Cuando la mujer se levantó tras esa consulta, algo en su postura había cambiado. No era una solución definitiva, pero sí un primer paso. Fue entonces cuando entendí que aquella consulta no solo curaba piel, sino identidades heridas.

Con el paso de las semanas comprendí por qué aquel lugar funcionaba así. Elena no solo cuidaba, lideraba. Había investigado, se había formado, conocía los dispositivos, se mantenía actualizada. Tomaba decisiones, hacía seguimiento, adaptaba cada cuidado a cada persona. Su autonomía no era un privilegio, sino el resultado de una preparación constante.

Aprendí que en aquel espacio la enfermera no se limitaba a ejecutar indicaciones, sino que pensaba, decidía y respondía. Que la gestión de cuidados también puede ser cercana, humana y eficaz. Que liderar no siempre implica mandar, sino sostener.

Los últimos días llegaron sin aviso. Empecé a notar pequeños cambios casi imperceptibles: una libreta que ya no estaba sobre la mesa, una fotografía retirada de la pared, un polar menos colgado. La consulta parecía prepararse para una despedida silenciosa.

Elena recogió sus cosas despacio, sin dramatismos, sabía que su salida, era para bien, una plaza fija, era una plaza fija, no podía rechazar por nada del mundo. Bastó con el gesto sencillo de dejar las llaves sobre la mesa para entender que aquel lugar no era suyo, pero sí llevaba su manera de hacer. Cuidar aquella consulta significaba sostener a quienes entraban creyendo que su vida se había roto, hacerles ver que la vida no se acaba con el estoma, empieza de nuevo.

A partir de ese día empecé a escuchar su nombre incluso cuando ya no estaba. Aparecía en las frases de los pacientes, en sus recuerdos, en la forma en que hablaban del antes y del después.

“Gracias a Elena, salgo a la calle”, dijo una mujer mientras se colocaba el abrigo con una naturalidad que antes no tenía.

Otro paciente, al terminar la consulta, lo expresó de otra manera: “Veía el estoma como algo horrible, pero Elena me enseñó que es una segunda oportunidad para vivir”.

Hubo quien fue más lejos, quien puso palabras a lo que yo había presenciado desde el primer día: “Gracias a tu compañera puedo mirarme al espejo sin pensar lo que pensé el primer día. Me veía como un cerdo abierto en canal. Ahora vuelvo a verme como antes”.

Cada frase quedaba suspendida en el aire unos segundos, cargada de verdad. No eran halagos vacíos, sino conquistas íntimas. Pequeñas victorias que no aparecen en informes ni en estadísticas, pero que sostienen la esencia del cuidado.

Comprendí entonces que Elena no solo había enseñado a manejar dispositivos o a elegir materiales. Había devuelto rutinas, identidades, vidas. Había acompañado procesos difíciles con conocimiento, sensibilidad y una profesionalidad que no necesita imponerse para ser reconocida.

La consulta ya no llevaba su nombre, pero seguía funcionando como ella la había pensado. En cada explicación clara. En cada silencio respetado. En cada decisión tomada sin prisa. En la forma de escuchar antes de actuar.

Al final de la jornada, apagué la luz y cerré la puerta despacio. Pensé en aquella llamada inicial, en ese número largo que había marcado mi destino profesional durante un tiempo. Me había asignado un puesto, sí.

Pero alguien, sin discursos ni alardes, me había enseñado una manera de ejercer la enfermería. Una forma de liderar desde el cuidado, desde la preparación, desde la presencia.

Y comprendí que liderar cuidados no siempre consiste en quedarse, sino en dejar algo tan bien hecho que otros puedan continuarlo.

Que la verdadera gestión no se mide solo en agendas o recursos, sino en las vidas que, gracias a alguien como Elena, vuelven a mirarse al espejo y reconocerse.